

La vida te da historias
que merecen ser contadas.
3ra Edición del Concurso

Primer premio: Ese caserón de rejas

Feliciana Reimundo

Mi hermano Lucio ha muerto hace un mes, asesinado en un intento de robo. Mi avanzado embarazo me protege de algún modo del dolor lacerante de su muerte. Me consuelo pensando que este niño, que no se llamará Lucio y que será sólo quien él decida ser, tendrá sin embargo la misión de llenar en parte el vacío dejado por mi hermano. Ese día algo me dice que es tiempo de entrar en su habitación y decidir qué hacer con sus cosas. Mi madre, debilitada en su enfermedad por este golpe, me había pedido que me ocupara del tema antes del nacimiento y resuelva conforme a lo que él hubiera deseado. Le digo que sí, a pesar de que el médico me ha prohibido exponerme otra vez a situaciones de angustia y "stress". Entro a su cuarto, abro las ventanas al sol del mediodía buscando entibiar el cuarto cerrado desde aquella noche, como otra

tumba. Una claridad inclemente me confirma que su cama está tendida y vacía; su computadora, desconectada y su tablero, tan desolado como yo. Esto es todo lo que queda de Lucio.

No puedo dejarme ganar por el llanto. Voy hacia el placard. Antes de comenzar a llenar las cajas para la parroquia reparó en el dibujo a lápiz, fijado con chinchas a la parte interna de una de las puertas. La imagen me golpea como una cachetada, es casi una foto en blanco y negro. Sabía que dibujaba bien, era su trabajo y además le gustaba. Pero esto es tan perfecto que, asombrada, me siento en el sillón y desde allí la contemplo. Se trata de una casa. Tiene rejas altas separándola de la calle. Sus hierros hacen la figura de grandes rosetones, llamativos no sólo por su tamaño sino por la extensión que cubre todo el frente. La casa está ubicada en una calle de tierra y al término de la vereda cae a pique una zanja. A pesar de la defensiva reja, puertas y ventanas están cerradas. Lucio me contó muchas veces sobre ese sueño recurrente que lo atormentaba. Por la mañana, durante el desayuno, él me describía el caserón tal como lo había soñado y yo misma, al escucharlo contemplaba en el vacío del mantel, una casa igual a la del dibujo. Siempre pensé que esto tenía relación con circunstancias desconocidas de su nacimiento.

Mi hermano llegó a casa en 1976, cuando tenía unos dos meses. Yo para entonces tenía tres años pero recuerdo cuando un anciano que recolectaba botellas llamó a la puerta y le entregó a mi madre una caja de galletitas, de la que salían los berridos de Lucio, hambriento. Lo había encontrado en el baldío de la esquina. La criatura estaba muy limpia, la ropa que traía puesta y la pañoleta eran de buena calidad. Se lo veía vital y lustroso. Una nota decía sólo que sus padres habían muerto y que nadie podía ocuparse de él. Mis padres lo recibieron como al otro hijo que deseaban tener cuando yo fuera un poco más grande. Lo amé instantáneamente. Pasado un tiempo se arregló el tema de su adopción legal y llevó nuestro apellido. Siempre se hablaba en la familia con total normalidad acerca de su llegada. Incluso él bromeaba y decía que no lo había traído la cigüeña, sino el viejo de las botellas.

Siendo adolescente, vi la película "La historia oficial" y comenzó a perseguirme la idea de que Lucio pudiera ser hijo de desaparecidos. Muy cuidadosamente, siendo ya estudiante de Ingeniería, le sugerí investigar sobre su identidad a través de los organismos que se ocupaban de eso. Pero él nunca se interesó por conocer su filiación biológica. Decía que nosotros éramos "su historia" y no otra gente y que, en todo caso, él no tenía nada que ver con lo que podía haberle pasado a sus padres sanguíneos.

Terminé aceptando su posición y deseando fervorosamente que ninguna abuela lo reclamara alguna vez.

Mientras él me hablaba del caserón yo no podía dejar de masticar ese tema de la memoria celular, genética o algo así, de la que tanto se hablaba y me preguntaba si Lucio no habría nacido en una casa así, convertida en campo de concentración en la época del proceso militar. Imaginaba a su madre, embarazada de nueve meses, intentando abrir alguna de esas ventanas cerradas. La veía arrastrando los pies por los senderos de ladrillos del jardín, toda vientre en su descolorida delgadez de presa. Tal vez la habían mantenido con vida hasta el momento de dar a luz y luego, su destino fue un balazo en la cabeza. Empecinadamente, siempre detuve la película en el momento en que ella se aferra a los grandes rosetones de la reja, en las primeras contracciones del parto. Esto era cosa de locos. El no lo sabía, pero yo también tenía flor de rollo con esa visión de la casa. El soñaba dormido y yo la imaginaba despierta y cuando me embaracé, más todavía. De pronto, siento el latigazo de una idea nueva. Y si no fuera el lugar donde nació, sino...?

Salgo de la casa corriendo, tomo un taxi y luego de viajar 20 minutos, ubicamos la zona y la calle donde ocurrió el

asalto. El taxista recuerda el caso porque su novia vive en este barrio. Me hubiera gustado conocer el lugar en que Lucio nació pero no hubiera querido conocer nunca el lugar donde lo mataron. Mi corazón parece que va a desintegrarse cuando veo que el pavimento se corta dos cuadras antes de llegar al sitio exacto. Ha llovido y la calle es un barrial. El taxista lo lamenta pero no puede entrar con el auto. No me importa, le digo que me espere allí. Avanzo pesadamente por la veredita en ruinas y desde la esquina veo el caserón. El del dibujo. Cruzo la calle haciendo malabares para no caerme en el barro mientras comienzo a sentirme horrible. Creo que así deben empezar las primeras contracciones. Me olvido que debo controlar los minutos hasta la próxima. Sólo quiero estar frente a la casa. Cuando estoy allí, la siguiente contracción, como una patada directa al vientre me obliga a aferrarme de la reja, doblada por el dolor. Me doy cuenta de que ahora soy yo y no la madre de Lucio, quien se prende con desesperación de la puerta enrejada. Con el primer alarido de dolor levanto la cabeza e identifico claramente lo que se veían desde lejos como grandes rosetones. Son iniciales, trabajadas góticamente. Una Z, una L y una E.

Oigo cercana la voz del taxista que viene en mi auxilio. Unos metros después del portal, junto a la zanja donde Lucio cayó atravesado por dos disparos, sus amigos de la

facultad colocaron una cruz que lleva grabado sólo el apellido y una (h), para diferenciarlo del padre. A ambos les gustó desde niños que los llamaran por el apellido. Ellos decían que sonaba muy musical. Mi hermano fue siempre para todos, Zaldívar (h). Lo de Lucio Eloy venía después, si hacía falta aclarar.

Segundo premio: El Nombre

Mónica Diana Koranyi

Dejó el diario sobre su falda. Se miró las manos y vio un delta de venas teñidas de demasiada vida que surcaban una piel finita y desgastada. Sus dedos índices ya no indicaban lo que se les ordenaba y los otros bailaban con el sonido silencioso de la edad que avanza sin permisos.

Tomando a la indiferencia como un remedio, volvió a tomar el diario. Pero la negación no podía con el temblor. Sus ojos saltaban de un renglón al otro y a pesar del esfuerzo, las oraciones se deshilvanaban.

Se sintió desolado aunque nunca había sido un hombre triste. Experimentó el espanto y jamás se había mostrado miedoso. Dobló esos papeles impresos como pudo, después de todo la prolijidad no los iba a ser más legibles, y los depositó a su lado con cuidado y sobre el banco de plaza que restaba.

Su presencia ahora era solo un holograma que reflejaba un hombre de unos ochenta años que observaba el tronco de un árbol enorme decorado con nudos añosos. Sin embargo, al hombre real no le importaba el árbol y su mirada era solo una mirada vacía que sostenía a sus pensamientos.

Elucubraciones oscuras, calles sin salidas, los temidos y acechantes laberintos de la niñez.

Derrotado por su pesimismo, rumiaba ad infinitum una letanía de días sin futuro.

Y así estaba el hombre. Tan fuera de su alma que casi la estaba dejando deslizar por el viento junto a ese odiado diario que no quiso quedarse sobre el banco. El indiferente diario bailaba desaforado con las ráfagas de aire.

Y así estaba el hombre. Tan distraído con su ego hecho pedazos que no vio a esa mujer. Ella estaba concentrada en atrapar hojas con su bastón. Se la veía feliz. Las bajaba en una cachetada voladora y a sus pies ya, la sostenía con su zapato derecho. De a poquito, luchando con su panza de panadería y la agilidad perdida de sus articulaciones levantaba hoja por hoja y las atenazaba bajo la axila.

Con un manajo informe de hojas de diario, la mujer miró a su alrededor y vio un hombre sentado. Parecía muerto. Pero por adentro. Y se notaba. A ella le recorrió una sonrisa por el cuerpo. Estaba segura. Esa persona estaba perdiendo, y cómo no, también el diario.

Se acercó al banco y se sentó al lado de esa persona que había hundido el cuello dentro de su congoja. Le dijo:

- Hola, buen día!

Esta mujer era como una mañana de sol por sí misma, y el individuo no la escuchó pero acusó recibo.

- Qué?, le contestó subido al fastidio.

- Que hola y que hoy tenga un buen día - le contestó, angelada en una gran sonrisa.

El la miró nuevamente y la vio por primera vez. Lo que sucedió después... quién lo podría explicar con palabras..., pero su alma se acomodó en su espacio habitual. Se quedó como suspendido en la mirada y ahora no era como mirar inútilmente los nudos del árbol. Sus ojos estudiaban el misterio de una mujer que era en sí misma, una gran caricia. Al final de un silencio bello, habló:

- Gracias, muchas gracias.

La mujer suspiró aliviada por la sensación inequívoca de haber rescatado a alguien de un río tormentoso. Agitó los restos del diario delante de los ojos de ese hombre que todavía, tenía su cuello a medio aparecer.

- Es suyo, no? - Se atrevió ella a adivinar.

- Sí. Pero no lo quiero... Igualmente, gracias.

La sonrisa de la mujer pareció rechazar la sorpresa porque se hizo más fuerte y luminosa para decir:

- Gracias le doy yo a usted. Tengo que hacer ejercicios todos los días para darle pelea a mi artrosis y le aseguro señor, que no siempre es tan divertido. Fue como un juego, fue como atrapar mariposas... aunque yo eso no lo haría nunca, pobrecitas. Vio que hay gente que las caza y después las guarda? Para qué uno querría cosas bellas pero muertas?

Él la volvió a mirar. No fue consciente de su cuello que se había erguido junto con su ánimo y tampoco de su olvido. Todo lo que minutos antes lo había estado cruelmente torturando, ya no estaba. Pensó que esa mujer era hermosa. Su mapa de arrugas señalaban una vida de historias tristes superadas. Su cuerpo llevaba el peso de los años con liviandad. Ostentaba un cetro de reina como si fuera un bastón. Y lo inundó un deseo de descansar su vida en un abrazo de esa amorosa mujer.

Pero en cambio escupió palabras que esquivaron sus verdaderas emociones:

- Usted es muy amable pero gracias. Por favor deme el diario, que por allá hay un cesto de basura y lo voy a tirar.

- Entonces ya lo leyó?
- No - respondió él elevando sus manos temblorosas en un gesto de importante revelación - Ve? No puedo sostener el diario. No puedo leerlo. Me he estado esforzando por meses pero ya no puedo -
- Mire allá. Ve esas mesas con asientos? - Le dijo ella mientras se paraba con dificultad,
- Sí - observó él con desilusión. Ella no había escuchado su desgraciado lamento.
- Vamos. Vamos! Levántese. Vamos allá. Ah, pero antes busquemos unas piedras para sostener las hojas... Nos sentamos en el banco, estiramos el diario sobre la mesa y ya está. Venga. Vamos!

El hombre se levantó juvenilmente avergonzado, pero una sonrisa lo atacó de frente y le disipó las dudas. Caminó junto a la mujer con una decidida lentitud que le permitía a ella plantar bien su cetro antes de volver a avanzar.

La mesa los esperaba ansiosa por cubrirse de diarios y piedras.... O era el hombre el ansioso? Si lo era él, él ni se daba cuenta. No podía definir sus sensaciones. Hacía ratos largos hechos años que sus emociones se habían vuelto una maraña incómoda e indefinible. Sin embargo, hoy el conjunto de todo lo intrincado que lo inundaba, le sabía a aquellos romances tiernos que supo disfrutar hacía como tres siglos.

Ya sentados los dos, hombre y mujer, uno junto al otro, y antes del triunfal comienzo de leer un diario quieto, ella fue la que le dio nombre al milagro, con su voz de hada:

- Mi nombre es Amanda.

Y él se reconoció vivo otra vez. Amanda, amorosamente y sin saberlo, le devolvía su identidad. No se llamó más el hombre que no puede dejar de mover sus manos. No se llamó más el hombre solo de ochenta y dos años. Y se reconoció:

- Mi nombre es Eduardo.

Tercer premio: La Venganza

Antonio Manuel Sequeira

Rojas miró el horizonte. Caprichosamente, el sol dibujaba siluetas en los faldeos de los cerros. Fantasmas sobre la superficie nevada, a mediodía.

El agua pegaba contra los cantorodados, un sonido de olas pequeñas. Apenas un rumor.

Se sentó sobre la piedra rústica, erosionada, muerta, de la orilla del lago.

Las aguas son como los hombres, -pensó- una y otra vez golpean contra la misma piedra.

Se quitó las botas como pudo.

Esa marcha los estaba estragando.

Era abril, pero este año el calor persistía; a pesar de la nieve en lo alto de los cerros y el agua helada del lago; abajo el calor todavía apretaba.

Metió los pies en el agua. Un escalofrío lo recorrió hasta los pelos de la nuca. Se fue quitando los trozos de arpillera que le envolvían los pies como abrigo y protección contra

el roce del cuero. Ese roce siempre, marcándole en la cara esa mueca de constreñido, ese dolor que se refleja en la mirada y da la carne viva. Sumergió los pies, aún pegados a la arpillera sobre las manchas de sangre y la tierra del camino. El frío del agua le dio la sensación de fiebre, una obnubilación pasajera.

A unos metros, apenas acomodándose a la escasa sombra de los arbustos, Ottone también aprovechaba el descanso. Los caballos bebían o pastaban, bufando sudorosos.

A Ottone le decían comisario. En realidad no pasaba de ser un triste sargento de frontera. Encargado del destacamento policial, comisario a fuerza de ser el más antiguo de una dotación de tres y el de mayor rango.

También él se quitó las botas y las medias sucias y hundió sus pies en el agua. Maldijo su suerte, no deseaba de ninguna manera encontrarse en ese lugar. Ya había tenido bastante con haber perseguido durante semanas a la banda de este Rojas. Demasiado haber andado y desandado farallones, valles desolados, caminos polvorientos preguntando como un idiota que pretende parecer astuto, y escuchando respuestas estúpidas, cómicas, evasivas, mendaces, humillantes; por lugares donde decirse policía o ladrón eran para la gente casi lo mismo.

Serían capaces todos esos políticos, que desde Buenos Aires pedían sangre para acabar con cuatro rotosos que apenas robaban para sobrevivir, bajar a la inclemencia de la meseta. Esos dueños de estancia ¿serían capaces de salir a la vastedad de la llanura y pararse frente a estos hombres, en muchos casos más dignos de lástima que de miedo o desprecio? ¿Serían capaces en fin de cruzar estas soledades comandando un pelotón de náufragos del desierto para llevar desde las estribaciones de la cordillera hasta el mar a este cristiano al cadalso? - cavilaba.

Áspero como el suelo y el clima. Ottone piensa qué sucedió primero. Qué llevó a este infeliz a los montes, a las cuevas de las montañas. Fue su esencia criminal o la intolerancia de esos otros hombres, amos de tierras y caminos, de vida y muerte, de mujeres propias y ajenas. Qué lo indujo a saltar estancias, caminantes, a carnear ajeno, a matar niños y viejos, como se cuenta en las mesas de los boliches.

Ottone mira al hombre que come el mendrugo de pan con queso que él le ha dado, sujeta su muñeca a la horqueta de un árbol. El más peligroso de la comarca. Su pobre aspecto contraría tal afirmación. Vestido con harapos, un saco raído, los hirsutos cabellos cayendo sobre la frente angosta, la barba crecida, las botas gastadas hasta la

vergüenza, lo único vivo parece su mirada. Unos ojos negros brillan en su cara ahora mojada, refrescada por el agua del lago.

- Voy a armar la carpa, haremos noche aquí.

Ottone armó un toldo precario, encendió un cigarro y se acercó al hombre, que bebía agua con el cuenco de su mano derecha, penosamente.

Se sentó cerca, sobre otro peñasco.

- Ché Rojas, ¿es verdad lo que se cuenta en el valle?

El otro lo miró apenas y volvió a masticar su bocado.

- Tengo un cigarrito para vos, pero contá ché, ¿qué te has creído que soy, un vigilante?

Una sonrisa ladina se dibujó en la cara del hombre, un destello pasó por sus ojos, fue un segundo.

- ¿Qué se cuenta?

- Ya sabrás. Lo del gurí...

Ottone parecía haberse vuelto cauto, precavido. Temeroso tal vez de haber abierto una puerta que no sabía si podría cerrar. Pero ya se había lanzado, miró en derredor como constatando la soledad de los dos.

- ...eso del facón y el gurí, que tiraste al pibe

p'arriba y lo abarajaste en la punta del cuchillo.

- ¿Le importa?
- Quiero saber por qué estoy acá, llevándote adónde y por qué.

Rojas dejó de masticar y levantó la vista. Recorrió con su mirada el lago, todavía con los pies hundidos en el agua helada, los cerros nevados, los arbustos doblados bajo el viento impiadoso de la meseta. Por fin sus ojos se clavaron en los de Ottone.

- ¿Qué cambia?
- Pucha que sos curioso, parecés policía, ché.
- Cumpla con lo para que le pagan.

Ottone encendió el otro cigarro con la colilla del suyo y se lo extendió.

Rojas chupó profundamente.

Comenzaba a oscurecer y bajaba el frío. Le dolían las llagas de los pies. Se apoyó contra el tronco del árbol y fumó contemplando el anochecer, las primeras estrellas en el cielo.

- Mañana será un largo día, a dormir.

Rojas todavía contempló el cielo un rato más. Sabía de noches en la destemplada quietud de la cordillera, de miríadas de estrellas titilando al unísono. Una sinfonía

gratuita que dios nos regalaba. Sabía de la aspereza de esos senderos de piedra, por eso había huido de andar con su piño de chivos del valle a la cordillera, de la cordillera al valle. Entre invernada y veranada había visto cómo su padre se había ido gastando cerro arriba, solo en la soledad.

Ottone tampoco podía dormir, qué hacía ahí en medio de la nada, con un nadie. Pudo quedarse en Buenos Aires cuando siendo sargento hizo un curso en la escuela de suboficiales. Pero había mucho barullo en las calles y tanta gente lo descolocaba un poco. Acostumbrado como estaba al silencio de la inmensidad de su tierra. Allí se había afincado hacía más de cincuenta años el viejo Ottone, un italiano cabeza dura que recorría con un carrito desvencijado las chacras vendiendo fuentones de latón, cardando colchones, llevando semillas, tijeras para la esquila, escupideras enlozadas.

Hizo una pequeña fortuna a fuerza de comer lo mínimo indispensable, y se instaló con una mujer de la zona que le parió siete hijos, una morocha capaz de criar hijos o carnear un cordero. Él era el menor. Poca comida para tantas bocas, así que en el servicio militar se enganchó en la milicia y pronto fue cabo. Anduvo por toda la Patagonia cuidando la frontera. Siempre sumiso y callado, hasta que

una noche en el cuartel un oficial lo quiso usar de sirvienta.

- No me enganché para eso -dijo.

El oficial lo insultó, Ottone había tomado unas copas en el camino, la discusión fue subiendo de tono.

Le dieron cinco años por haber cocido a puñaladas al oficial. En realidad, pensaba "lo había descocado a puñaladas".

Allí acabó su carrera militar y comenzó un peregrinaje por oficinas públicas tratando de reivindicarse con un trabajo digno hasta que un político lo acomodó en la policía.

Y ahora qué era sino la sirvienta de estos estancieros.

Ya estaba hecho. Estaba ahí, se había jurado llevar a este Rojas hasta Viedma y eso haría.

Difícil conciliar el sueño. Encendió otro cigarro. La luna hacía brillar la nieve, lejana en las alturas.

El reo parecía dormir, atado al árbol por su mano izquierda.

Una y otra vez venía a su mente esa imagen descripta con tanta nitidez en cada mostrador, en cada mesa de boliche.

La leyenda de Rojas había ido creciendo como un río desbordado. En todas partes referían el asalto a una finca en la cordillera del viento.

- Fue la banda de Rojas - corrió la voz a pesar de las distancias.

En realidad nadie logró ubicar la finca ni a sus moradores para averiguar si fue cierto. Todos lo dieron por certificado puesto que antes de eso se le habían comprobado diversas fechorías. Ahora, habían superado todos los límites. Al parecer cuando el chacarero se negó a entregar lo que los forajidos exigían, ante la presencia de su mujer y sus hijos, entre los cuales había una criatura de meses, este Rojas lo tomó en sus manos y lo lanzó al aire ante el espanto aún de sus propios secuaces. Dicen que sacó su facón y lo recibió con la punta en ristre. Dicen que sus cómplices no quisieron mirar la escena y la madre de ese niño enloqueció y su padre no volvió a salir jamás del perímetro de su finca.

Dicen también que fue el fin de su carrera delictiva porque hay límites que ni aún los peores forajidos se atreven a franquear.

Y probablemente haya sido así porque Rojas deambulaba solo, mal entrazado; en un caballo viejo, inservible para ese clima riguroso; hambriento, comiendo lo que cazaba en las espesuras cordilleranas.

Cuando Ottone lo sorprendió en una cueva a la vera del río, más por su propia estupidez que por astucia; aunque él se hiciera creer que había hecho una buena tarea de

inteligencia, alardeando a pesar de su fama de reservado; el tipo se rindió sin resistencia, como si eso fuera lo que esperaba. ¿Este era el monstruo del que todos hablaban? Parecía que lo único vivo en él fueran sus ojos.

Rojas descerrajó una tos espesa. Tampoco dormía.

Ottone exhaló el áspero humo del tabaco negro.

- Así que lo hiciste, ¿lo esperaste con el facón al pibe?

- No había forma...

- Los paisanos son muy reservados -acotó Ottone, dando por entendido lo que Rojas quería significar.

- No hubo forma...

Instintivamente se llevó la mano a la cintura buscando la pistola.

- Ni se enteró el angelito. Hizo más barullo la vieja que él...

Quiso sacar la pistola pero sintió un frío en la mano. Un corte seco le llevó los dedos.

Alcanzó a pensar, en su aturdimiento, en qué momento le había robado el cuchillo.

Después el relumbrón de la luna en la hoja de acero. El acero entrando en la carne, dócil, mortalmente.

- Ni se enteró el angelito... -repitió Rojas.

Ottone cayó boca arriba, con una puñalada en el corazón.
El viento silbaba entre las estacas, deshilachando la lona
contra la nada de la estepa.

El agua siguió golpeando contra los cantorodados de la
orilla. Constante, helada siempre.

De Rojas nadie volvió a escuchar algo.

La vida te da historias
que merecen ser contadas.
3ra Edición del Concurso

Finalista: Los nuevos premios Nobel
Carlos Alberto Medrano

Las nuevas generaciones de aquel pequeño pueblito del medio oeste norteamericano estaban aburridas y preocupadas. Nada pasaba. Ni esto ni aquello. Ni siquiera se trataba de un pueblito olvidado -no puede ser olvidado lo que nunca fue conocido. Sus habitantes se percibían en un lugar que por razones valederas nunca tuvo cabida ni siquiera en los mapas zonales.

Por costumbre y por respeto a los ancestros que por allí transcurrieron, deseaban ampliar sus propios horizontes en ese mismo lugar.

Solamente les generaba algo de envidia, los casos resonantes de París Texas, Los Puentes de Madison,

incluso Bagdad Café, cuyos nombres recorrieron todo el orbe gracias al éxito de sus películas. Más aun, el cantante country Conway Twitty fundó su nombre artístico en base a dos condados vecinos que descubriera en el mapa. Éxitos a los que habría que sumar Horizontes de Nashville de Bob Dylan, y (casas más, casas menos) New York, New York de Frank Sinatra.

Un joven pueblerino, consideró que para hacer trascender al mundo entero, esta verdadera "Tierra de Nadie", debían generar algo grande. Algo grande de verdad. Debiera ser un golpe resonante, impactante, inolvidable. Algo que diera vuelta la página. Un salto olímpico en la inexpresiva historia del pueblito.

¿Cómo hacer y por dónde comenzar? Un pequeño grupo de notables puso sus deseos a la obra. Luego de horas y días de debate, surgió de repente un pequeñísimo acontecimiento -quizás válido como punto de partida. Fue cuando alguien recordó que cierto tiempo atrás, fueron filmadas allí unas pocas escenas de un largometraje muy taquillero -cuyos múltiples beneficios... nunca llegaron al pueblito.

Lo trascendente fue que un joven poblador luego de una rigurosa selección, fue elegido como Extra. Su actuación

fue memorable, atípica, superadora de lo habitual en un Extra. Resuelto, bien plantado, enfrentando a la cámara, enfáticamente dijo: “La mesa está servida”. Debido a la firmeza de su voz y de su gestualidad, fue casi un protagonista, lo que generó una credibilidad incomparable. Credibilidad de tal magnitud que la ponía en paridad con otras frases memorables como cuando Sean Connery se presentaba como 007 con su “Bond, James Bond”, o Vittorio Gassman en la itálica Los Monstruos con su famoso “Forza Roma”, o Isabel Sarli con su “Qué pretende usted de mí”. Gracias a ese Extra-Ordinario punto de apoyo, decidieron pasar directamente a la acción. Intuían que por ahí andaba el principio del futuro.

Debían generar algo creativo, con alto valor agregado. Pero... ¿con qué contaban? La madre del joven Extra recuperó del baúl una foto de aquella escena, que tomara para sí, el día de filmación. Decidieron ampliarla e instalarla en el escaparate del único cine, ubicado frente a la única plaza, carente de mástil y monumento.

Decisión irrevocable: Desarrollar un Premio equiparable al Oscar. Emplearían afiches artesanales con caracteres catástrofe: iiiExtra. Extra!!! Bienvenidos. La mesa está servida.

Concurso novedoso que exigiría la cuidadosa selección de

un jurado conocedor, audaz, con buenas dosis de cinefilia. Como poderoso motor del asunto, debía ser otorgado, estratégicamente, el día anterior a los Premios Oscar.

Un entendido aportó una frase de Juan José Campanella (Director de *El Secreto de tus Ojos*, ganadora del Oscar 2009, en lengua no inglesa), cuando dijo algo así como: “Detrás del personaje secundario hay toda una vida, y eso debe ser expresado para enriquecer el film en relación con el libro original.” Debían aprovechar esa declaración, haciéndola extensiva al mundo de los Extras más prometedores.

Se valieron de todas las redes sociales como Plan de Difusión. El periodismo fue seducido desde la imaginación y la humildad. Los reporteros llegaron y comenzaron a desperdigar información valiosa. Notas y entrevistas, minúsculas al principio, fueron creciendo como un remolino en el desierto.

Inolvidable fue, cuando llegaron los auspiciantes de premios anuales un tanto exóticos como los dedicados: A los peores actores. A los más carismáticos. A los directores más cabrones. A las actrices que se llevan mejor con la prensa. Así se conformó un combo pintoresco. Nadie quería quedar afuera. Nadie quería perderse un evento semejante.

Llovían adhesiones por lo insólito de la propuesta. Se supo -entre bambalinas- que los directivos del Tony, el famoso Premio Teatral, estaban un tanto inquietos por tratarse de un premio actoral. Por ello estarían trabajando para re-direccionar su propio premio anual.

El Presidente de los Guinnes, quiso comprobar fehacientemente sobre el rumbo arrollador de la nueva convocatoria, puesto que no existían ni antecedentes, ni evidencias de haber sido premiado alguna vez un Extra con un Curriculum Fílmae de, por ejemplo, unas cien películas.

La FIFA, envió dos vicepresidentes ejecutivos para que estudiaran este Nuevo Premio, considerado como ejemplo sumamente válido para adjudicar un gran reconocimiento al jugador que hiciera la mejor asistencia del campeonato, o el blooper más espectacular, o el mejor gol en contra carambola mediante, o aquella jugada que bien pudiese haber cambiado la historia y que no pudo ser por circunstancias adversas y azarosas. Los casos seleccionados serían elegidos por una rigurosa Terna Arbitral, constituida por un juez principal y dos jueces de línea, los tres vestidos con trajes de sobrio color solferino, de un clásico Corte y Confección Internacional, creados por una sastrería de La Haya.

El Concurso fue puesto en marcha con la mejor onda posible. Debía realizarse de día, ya que el hotelito no tenía habitaciones y comodidades suficientes. Alquilieron decenas de tiendas de campaña y recurrieron a la colaboración de los pueblos vecinos, y de allí... directo a la fama: El pueblito, al menos, por unas horas sería LA GRAN NOTICIA.

Después de la Gran Presentación, a la noche siguiente, ocurrió algo inusitado... mucho más allá de lo esperable. Durante la entrega del Oscar al Mejor Actor, un actor harto famoso, por fuera de todo protocolo y por fuera de todo libreto, quien había sido el protagonista de aquella película, estremeció a millones de televidentes e internautas. Entre sonrisas incómodas, comentó que le daba cierta pudor haber ganado, máxime cuando entendía que gran parte del éxito de su carrera probablemente se haya debido a la intervención de aquel otrora ex Extra desconocido nacido en aquel pueblito recóndito, que le confirió una gran verosimilitud a la película de su primer protagonista.

Impactado, un famoso Realizador, cuando subió a recibir su premio, dejó deslizar que a aquel Extra, lo emplearían como actor en una próxima película, como desagravio y merecida compensación. Comprendía lo que viven muchos extras de jugarse una eventual carrera actoral en un

minuto, gracias a una única y decisiva escena. Agregó que no es la primera vez que un Extra se destapa y asciende trabajosamente a la categoría de gran actor. Recordó a varios que seguramente, a partir de este momento les comenzaría a dar cierto orgullo al reconocer sus humildes orígenes cinematográficos. Algunos con cierta vergüenza habían cambiado sus nombres artísticos originales. Situación muy diferente a lo que sucederá en el futuro, cuando los extras tengan personería jurídica como grandes promesas artísticas.

Percatados del asunto los cerebros responsables de la Academia de Hollywood, se tiraban de los pelos por haberse dejado ganar de mano en un rubro propio de la industria cinematográfica. En rueda de prensa explicaron que lamentablemente nunca se habían animado a entregar el Premio al Mejor Extra Desconocido del Año, por entender que se trataría de un premio “demasiado excéntrico”...

... y que habiendo analizado el éxito televisivo de la noche anterior, a partir del próximo año se sumarán a la nueva propuesta, aportando prensa y logística para enaltecer aún más, a este simpático y consistente premio anual.

Según se ha filtrado, en la Real Academia Sueca (la de los

Premios Nobel), consideran en premiar al Investigador desconocido más joven del mundo.

Una consultora de imagen desarrolló una atractiva identidad para el ahora famoso ex pueblito. Para el segundo año y por unanimidad fue aprobado: Extra. Extra. Capital Nacional del Actor Novel.

De ahora en más, desde la nueva Capital Nacional se reconocerá a las Promesas del Mundo Artístico, ya que año a año serán entregados los tan merecidos PREMIOS NOVEL (con v corta o uve, como a usted mejor le parezca)

Finalista: El ángel del tercer escalón

Estrella García

Cuenta mi abuela que Inés nació en los campos de Retiro, en 1789. Mientras lejos, en las Europas, se instauraba una revolución que hablaba de libertad e igualdad y cerca, en la ciudad de Santa María de los Buenos Aires, los vecinos se agrupaban para pedir a la corona protección frente al abusivo ingreso de los productos europeos, Helena pujaba para que saliera al mundo su hijo, que se llamaría Francisco. Solo pedía a Dios que fuera hombre, porque un matrimonio amigo de sus patronos quería un “machito”. Después de un día y medio de trabajo, de fatigoso parto, nació una beba colorada que pataleaba con fuerza. “No me la van a querer cuidar”, fue el último pensamiento de Helena, hermosa pese al esfuerzo, antes de quedar inconsciente.

Inés creció cerca de la cocina grande de los patronos, mirando cómo su mamá aderezaba las empanadas con las hierbas que cuidadosamente elegía. Nunca supo nada de su padre. Siempre lo imaginó alto, diestro en el uso de la espada y generoso. (¿Acaso no decía todo el mundo que Helena era la mujer más hermosa del lugar? Seguro que su padre era un príncipe). Por eso, el día en que su madre apareció con un individuo viejo, retacón, vestido con calzas

que mostraban sus piernas flojas como las ubres de las vacas, Inés comprendió inmediatamente que no se trataba del hombre que había imaginado.

“Me casé, juntá todos tus pertrechos que nos vamopa’ la ciudad”, le ordenó Helena a la niña. Inés apenas sabía qué significaba casarse (¿sería darse besos como el capataz y la Chola en el establo cuando pensaban que nadie los veía?), pero obedeció.

El camino desde la zona del Retiro hacia Buenos Aires, conocido como la calle Larga, era desigual, solitario y lúgubre. Fue un milagro que cruzaran vivos, en el coche tirado por caballos, el precario puente del Zanjón de Matorral.

“Doctor, llegamos”, dijo el cochero y el médico José de Salimburgo entró con su nueva mujer e hija en la casa de Santiago y San Martín, calle llamada así en honor al santo patrono de Buenos Aires, San Martín de Tours.

La primera visión de su nuevo hogar impresionó a Inés: enormes “monstruos” que colgaban del techo y sostenían infinitas velas, habitaciones inmensas y llenas de polvo, gigantes muebles que guardaban algo que ella creía (estaba segura, aunque no sabía cómo) eran libros.

Inés empezó a tomar clases con una institutriz. “No quiero otra campesina bruta en esta casa, ya tengo a tu madre”, sentenció José.

Una noche de mucha lluvia, de esas en las que las calles se convertían en un lodazal y las carretas apenas podían moverse, la niña se dio cuenta de que algo raro pasaba en el piso de arriba: las dos esclavas subían y bajaban con jofainas de agua caliente y su mamá no paraba de gritar.

A la mañana siguiente, el revuelo había pasado y le permitieron ver a Helena, que le mostró un rosado bebé.

-¿Cómo llegó aquí, Madre? - preguntó la niña.

-Lo dejó un ángel. Mirá, ahí en el escalón de la entrada.

Inés miró y contó hasta tres. Después se quedó pensando en el ángel del tercer escalón.

Pasaba el tiempo, su hermanito crecía y ella lo adoraba, pero el esposo de su madre no quería que se le acercara. Inés pensó que si el ángel podía traer un bebé, también podía llevarse un hombre. Por eso, todas las tardes, se sentaba en el tercer escalón y pedía al ángel que se llevara a José de Salimburgo. Pero algo debió hacer mal, porque nunca desapareció.

Uno de los paseos que su padrastro más disfrutaba era recorrer con la familia los campos del Retiro, aquellos en los que había conocido a Helena. Perteneían al conde de Stoneville, de quien José era médico personal. Una tarde de verano, mientras su madre y el marido visitaban la quinta "El Retiro", que le daba nombre a la zona, su pequeño hermano se acercó a una laguna, perdió el equilibrio y cayó al agua. La esclava que los acompañaba logró sacarlo, pero el niño no respiraba. Inés, que leía bajo un álamo inmenso, corrió hacia él e, imitando los movimientos que había visto hacer a José con un enfermo, lo revivió.

-Así que después de todo no resultaste tan inútil. Te prepararé y me ayudarás en el consultorio - fue todo lo que el médico dijo cuando se enteró de lo sucedido.

Inés mostraba, cada vez, mayor habilidad para preparar infusiones que aliviaban los males de quienes se acercaban a la consulta en busca de curación. Amaba leer y preparar recetas que, si demostraban que funcionaban, volcaba con prolijidad en su cuaderno. "¡Te quemaré esas hojas!", amenazaba José. Pero no lo hacía, tal vez porque la ayuda de la joven se había vuelto indispensable, tal vez porque algunos brebajes habían probado ser efectivos.

Llegó junio de 1806 y, con él, barcos de ingleses que buscaban hacerse con las tierras de Buenos Aires. Los vecinos porteños, que ya soñaban con la independencia y que solo soportaban a la corona española a duras penas, estaban dispuestos a todo para impedir la hazaña inglesa y organizar la reconquista: agua hirviendo arrojada desde los techos, luchas cuerpo a cuerpo y trampas en la oscuridad valían para defender su tierra.

En esos días, Inés no paró de curar heridas y preparar infusiones. El 11 de agosto, José trabajaba con la ayuda de la joven cuando fue a buscarlo Jacinta, la esclava de los del Pino: habían herido al hermano de la señora y precisaban un médico. El doctor se negó a abandonar el consultorio porque retumbaban los gemidos incesantes y los oscuros sonidos de ahogadas metrallas; sin embargo, mandó a Inés. La joven se encomendó a su “ángel del tercer escalón”, en quien aún confiaba, y salió a la calle.

El aire olía a sangre. Al pasar por la puerta de la Basílica del Santísimo Rosario, sus pasos se vieron interrumpidos por los cuerpos heridos de los esclavos negros que, tendidos en la nave central, clamaban por ayuda.

-¿Qué pasa, por qué nadie los levanta?- preguntó Inés a Jacinta, la negra que la acompañaba.

-Son esclavos, Vuestra Merced. Nadie los ayudará. Los negros sirven para ir al frente en la batalla- respondió la

esclava de los Del Pino, con una voz agobiada por antiguos vejámenes.

Inés entró a la Iglesia, improvisado hospital, en busca de ayuda para alzar a los negros y llevarlos a las camas. Solo obtuvo evasivas de hombres que intentaban atender a criollos mutilados. “Angelito, por favor, hoy necesito tu ayuda más que nunca”, rogó Inés, en voz baja, a su protector del tercer escalón.

“Señorita, será un placer colaborar, aunque apenas haya espacio para más heridos”, le dijo un hombre que apareció de la nada; más tarde se enteraría de que era el médico Francisco Argerich. La juventud extrema se le colaba por los ojos cansados pero su tono pausado y sus modales de caballero la convencieron de que todo estaría bien.

Inés esquivó balazos e hizo oídos sordos a los ruidos aterradores de pelea para poder entrar a los negros que yacían en la puerta. Junto a Francisco y la esclava Jacinta, limpiaron heridas, curaron brazos y entibieron frentes que volaban de fiebre.

Mucho más tarde, agotadas, Inés y la africana llegaron a la casa de los Del Pino. El hermano de la señora tenía una

herida superficial, que pudo restañar rápidamente. Nubes oscuras ocultaban la luna; corridas y gritos se repetían incesantes; la joven debió permanecer allí y así se sucedieron largas horas de confidencias con Jacinta, negra hermosa de ojos enormes e inteligencia aguda; entre ellas, una amistad extraña e indestructible había comenzado.

Los días siguientes, Inés curó hombres y consoló mujeres: hermanas, madres, esposas de quienes habían combatido. De todas, quien más la impresionó fue Manuela Pedraza. Notó en los ojos de la joven, que menospreciaba las heridas físicas recibidas, la fiereza que la había lanzado al lugar de mayor peligro, siempre al lado de su esposo, soldado del regimiento de Patricios. Cuando el marido cayó atravesado por una bala en pleno combate contra los ingleses, Manuela, “la Tucumanesa”, tomó el fusil y mató al hombre que había disparado sobre él. Tal vez el ángel había abandonado el tercer escalón para proteger a esa muchacha enamorada y patriota.

Durante el frío agosto, Inés aprovechaba cada minuto libre para ir a los patios traseros de la Iglesia a cuidar esclavos heridos. Les llevaba medicinas, higos confitados y ambrosías y, ellos, a cambio, le contaban historias de sus hogares y de las penurias vividas en los barcos negreros.

Con la complicidad de Jacinta, Inés comenzó a visitar a

esclavos enfermos de toda la ciudad. Aprovechaba para escapar la hora de la siesta, cuando José no la necesitaba y los patrones de los negros dormían. Los cuidados y las recetas de la joven se hicieron tan conocidos que todas las noches se formaban filas en las puertas traseras de la casa de la calle Santiago y San Martín. Heridas de latigazos, marcas de carimbas, hechas con hierro caliente para señalar quién era el dueño del esclavo, y huesos rotos se tornaban escenas repetidas.

Los requerimientos de caléndula, lapacho y tala eran cada vez mayores y José empezaba a sospechar de la desaparición de las hierbas del consultorio. Inés inventaba toda clase de historias: “El hijo de Mariquita Sánchez de Thompson lo necesita”, “Se enfermó el hermano de la señora Marcó del Pont”, “Guadalupe Moreno lo pidió para su marido”.

Una tarde, cuando secundada por Jacinta atendía a una esclava, José llegó sorpresivamente a su consultorio. Con el susto, el frasco que Inés ofrecía a la negra se volcó y un grito angustiado de Jacinta se escuchó en toda la casa.

-¡Amante de negros! Sabía que eras tú quien robaba mis remedios. ¡Te denunciaré e irás presa!-, estalló José.

El médico la golpeó en la cara y le sacudió el brazo con tanta violencia que la hizo caer. La negra Jacinta, escondida

en un rincón, encontró desprendido un azulejo de Fourmaintrauxy lo arrojó contra la cabeza del hombre, que cayó inconsciente. Las mujeres tomaron a la africana enferma y, por las calles, sus pasos apresurados se apagaron entre los de los lecheros y los de los vendedores de escobas.

En la casa de la calle Santiago y San Martín, nunca más supieron de Inés. Alguien dijo que la vio festejando en la Plaza Mayor el 25 de Mayo de 1810. Otro aseguró, tiempo después, que la había encontrado alimentando a la ya trastornada Manuela Pedraza. Se duplicaba en las tertulias el relato de que, acompañada por la negra Jacinta, continuaba ayudando a negros e indios.

-¿Qué le pasó a Inés, abuela?- le pregunté. Había seguido cada una de sus palabras con imperturbable interés. Aunque ya conocía la historia de memoria, me fascinaba la valentía de la mujer que había fundado nuestra familia doscientos años atrás. Pero en esta parte del relato mi abuela se volvía taciturna. Acariciaba su medallita, un ángel tallado en plata negra, y por fin seguía...

-Una sola vez más se la vio en público: el 15 de febrero de 1820, cuando avanzaba junto al cortejo fúnebre del doctor Cosme Francisco Argerich, padre de su adorado Francisco. Cerca de ella, aleteaba el ángel del tercer escalón.

Finalista: El umbral de la Plaza San Martín

Carlos Jacobo Levy

—En una escalera, de las tantas que hay aquí, hay un umbral —me señaló a boca de jarro y apenas se presentó, quien dijo llamarse Isidoro Villafañe.

Fotógrafo, me habían encargado hacer notas sobre los paseos de Buenos Aires y elegí al azar Plaza San Martín. Allí estaba yo con mi vieja Leica de entonces. Mientras iba y venía mirándolo todo se acercó a mí cuando intentaba la panorámica de una escalinata. Al hombre le costaba poco hablar y en pocos minutos me contó su vida. Jubilado de maestranza de la Biblioteca Nacional, el viejo octogenario (lo supe después) era del lugar, parte del paisaje. Tanto como podía serlo el jardinero o un amante que desespera su cita. Se adjudicaba a sí mismo y por derecho propio el sentirse dueño de la geografía y por qué no, entonces, también de sus historias. Comunicativo el anciano lo escuché. De su casi monólogo, se desprendió que sentía atracción por los libros y una especial fascinación hacia ciertos volúmenes de magia y esotéricos, de los cuales tenía yo escasas referencias, de dudosa seriedad o acaso inexistentes. Así se lo dije y, con esa sonrisa de estar de

vuelta que sólo pueden tener quienes han vivido mucho, aunque en voz muy baja, como cuidando que alguien que no fuera yo lo escuchara, respondió:

—No crea, no crea, hasta el mismo don Borges me hizo el comentario de algunos, aunque en forma muy parca, siempre eludía hablar del tema. En una ocasión le pregunté, por ejemplo, sobre el Necronomicón, del cual se dijo alguna vez que de los tres ejemplares que se sabían en existencia, uno estaba en Buenos Aires, precisamente en la Biblioteca. A él, como director, le estaba permitido tener acceso a aquellos libros raros y extraños que permanecían guardados en uno de los sótanos y bajo siete llaves que escondía celosamente. No confiaba demasiado en mí entonces como para admitir que había estado en sus manos y que había podido leerlo, antes que su ceguera fuera definitiva. El Necronomicón, no sé si usted lo sabrá, es un libro lleno de conocimientos que están más allá de la simple lectura. La edición que había en la biblioteca, presumo, debe ser la que trasladara, del latín al castellano, un rabino de la Escuela de traductores de Toledo, Moshé ben Maimus y es muy antigua, quizá del siglo XIV, y posiblemente tomada de la versión que hiciera Olaus Wormius en 1228. No, no se confunda, no soy un erudito ni mucho menos, ni siquiera suficientemente conocedor de la materia, pero de las cosas que me interesan me gusta al menos informarme. El original fue escrito en árabe por un

poeta loco, Abdul Alhazred, alrededor del año 700. Debe ser un libro sorprendente y, por lo que yo percibo, inexplicable. Le acepté por eso a Borges, por ser un hombre sabio y conocer su contenido, que nunca quisiera enseñármelo. Cada vez que pecaba yo de insistente, él esquivaba el asunto preguntándome, curioso y cambiando la conversación hacia mi niñez, cómo que nací en las estribaciones del Maldonado.

Encendió un cigarrillo el hombre y prosiguió;

—Un día, estando él enfermo, fui hasta su casa de calle Maipú, debía firmar unos papeles importantes. Me invitó atento a una taza té que devino en confidencias. Esa tarde le conté la historia de algo que una vez me ocurriera, y que le advertí, justificaría mi impertinente obstinación. Después de atenderla y de un largo silencio, larguísimo y antes de despedirse, dijo: “Olvide, Villafañe, en algunos casos la memoria hace daño”. Y confesó: “Todo ha terminado con mi ceguera. Mi visión es casi nula; dependo de mi madre y de mis amigos. El Necronomicón me ha mostrado cosas terribles, no quiero saber nada más de él. De ahora en adelante jamás lo mencionaré ni citaré siquiera su existencia”. Traté de seguir su consejo, pero como ve no pude conseguirlo.

Por un segundo Isidoro Villafañe tosió y mirando el humo se justificó:

—Fumo mucho, demasiado, el médico dice que me cuide. Pero pienso que si existen tantas cosas buenas para vivir hay que buscarse una que a uno le guste para morir. ¿No le parece?—. Y retomó:

—Si usted tiene paciencia y si está buscando historias, le relataré con lujo de detalles lo mismo que, allá por la década del cincuenta le conté a él, a don Jorge. Sin embargo, debe saber que se lo cuento por la fuerza de la memoria que no logré vencer, y no por que tenga la pretensión de que me crea. Lo cierto es que no todo es como lo ven nuestros ojos y que hay dimensiones ocultas, que por una cuestión de piedades, llámelo usted así, están vedadas de ser vistas con el ojo frágil de la criatura humana. Muchos años atrás, apenas terminada la guerra, un judío de gran cultura rabínica y sobreviviente de un campo, Samuel Matihiau, vino a dar a Buenos Aires. Por esas cosas inexplicables del destino, encontró lugar para vivir a una cuadra de esta misma plaza. El tiempo de solterón solitario que me sobraba, y el curioso irredimible que llevo dentro me juntaron a ese judío de Salónica, que hablaba el español enrevesado de los sefarditas. Nos hicimos buenos conversadores y cuando yo salía de la biblioteca y él se encontraba de vuelta de sus menesteres, intercambiábamos mutuas confianzas. Caminábamos por horas en este paseo que, como usted ve, está tan lleno de plantas y árboles. Una y otra vez lo recorríamos de

arriba abajo cada tarde. Pero había, hay una escalera como la que fotografió, por la que se negaba a subir y de la que siempre me pedía alejarse. Lo sobrecogía. “Aquí no, aquí no”, decía entonces, hasta que ya lo suficientemente lejos recuperaba la calma.

—Malo es el aire de ese lugar, en ese lugar hay un umbral, una puerta a cosas que el hombre no debe saber —me apuntaba, mientras yo le tomaba el pelo y me reía. Qué de maldad habría en el color de las retamas, qué en el perfume de los rosales.

—No las retamas, no las rosas, no los árboles. Es el Al Azif, el rumoreo de los insectos—. Durante un tiempo intenté hacerlo subir o bajar por esa escalera pero nunca lo logré. “Al Azif, Al Azif, el rumoreo, Al Azif”, insistía. De él supe que Al Azif era el primer nombre de lo que se conoció después como el Necronomicón.

Samuel Matihiau ya estaba o se volvió loco. Murió después de algunas semanas en el Borda. Sin saberlo fui a visitarlo y un enfermero, me dio el sobre que dejara para mí. Sólo decía lo siguiente: “Si uno afirma el pie izquierdo en el tercer escalón y con el derecho pisa el cuarto, en el instante preciso en que el crepúsculo comienza su íntima comunión con la noche, escuchará el Al Azif, el rumoreo de los insectos, y si se invoca entonces un “Ábrete, sésamo”, se abrirá allí un umbral a otra dimensión”.

Tardé unos días en decidirme pero lo hice, impulsado, un poco porque echaba de menos a Matihiau y otro tanto por pura soledad y aburrimiento. Fui a la escalera y allí esperé el último minuto del crepúsculo antes de perderse en la noche. Escuché. No eran libélulas, tampoco los clásicos moscardones del verano; era como el ronroneo de un gato, un cierto temblor casi imperceptible del ambiente; era el Al Azif, el rumoreo que doblegara y tanto temiera Matihiau. En el preciso instante en que puse mi pie izquierdo en el tercer escalón y con el derecho pisé el cuarto, un viento extraño a la plaza, espectral, no tan fuerte como extraño, comenzó a soplar. El olor que traía no era ninguno que me recordara a rosas, fétido sí y repulsivo. Mientras el Al Azif se iba agrandando en sonoridad, tuve la tentación de huir, pero era ya muy tarde para considerar el miedo. Invoqué entonces el ábrete sésamo en un idioma desconocido, con palabras que jamás había pronunciado antes, y que las supe dictadas desde lo inescrutable, tal vez desde la mismísima médula del aire viciado que se arremolinaba a mí alrededor.

El rostro del viejo fue invadido por la palidez y noté, en aquel momento que en su haber tenía un recuerdo pavoroso. Aunque, ya no me parecía un anciano apacible y charlatán, seguí escuchando su relato:

“Una entrada se abrió en el quinto escalón, un portal que nunca debí haber cruzado. Desde allí, una angosta

escalinata hacia abajo y otra puerta que en ese momento me pareció cercana aunque no lo era. No sé durante cuanto tiempo, pero con la sola compañía del temible Al Azif, ahora subterráneo y en la oscuridad, bajé no sé cómo, los seiscientos dieciséis escalones, hasta que me encontré frente a ella. El bajorrelieve que ocupaba toda su dimensión comenzó a moverse y a cambiar de color, a otro que nunca supe que existiera y jamás vi antes. El color del horror. Otra vez, las mismas palabras salieron de mí. No me pregunte cuáles eran esas palabras, no las recuerdo. Creo que únicamente vienen a la voz y de una memoria heredada ancestralmente de un tiempo imposible, cuando uno se encuentra en alguno de los umbrales. El hedor era irrespirable y el Al Azif, el rumoreo, cada vez más fuerte. Sentí frío, mucho frío y cuando se abrió la puerta vi.. vi...”.

No alcanzó a terminar y esa fue su última frase, murió prácticamente en mis brazos sin que yo pudiera remediarlo. Los paramédicos que se lo llevaron en una ambulancia dijeron que fue una embolia.

Pasado el tiempo tuve la oportunidad de hablar con Borges y le pregunté por la extraña historia. Me respondió, con un intento de sonrisa que no alcanzó a concretarse:

—Villafañe, sí, Isidoro Villafañe, viera usted, un hombre muy imaginativo.

Le noté en la cara una súbita demudación, y en su bastón el temblor que por demás compulsivo llegaba desde sus manos.

Finalista La inundación

Carlos Héctor Giovanelli

Nadie pensó que la lluvia iba a durar tanto tiempo. Ni que la inundación se fuera a instalar de esa manera, dejando a la vista sólo los techos de los ranchos cada vez más frágiles frente a la crecida.

Quietita estaba el agua: no iba ni venía, simplemente se acumulaba. Parecía un espejo grande como una llanura, astillándose suave e indefinidamente bajo el constante caer de las gotas.

Una veintena de personas que no había podido salir por sus medios ni con la ayuda de los equipos de rescate, se había instalado en el Club, llevando apenas lo puesto. Ante la inmensidad del fenómeno, todos habían priorizado los alimentos. Dos vacas, cinco corderos, una docena de gallinas y todo lo que se pudo embolsar de manera impermeable, convivieron con los refugiados en las instalaciones de la única construcción alta del pueblo.

Cuando comenzó a verse que la cosa venía para largo, el intendente instalado en un pueblo vecino, empezó a enviar una lanchita con bidones de agua potable, arroz, fideos, aceite, algunas conservas, colchones y frazadas (por

suerte el verano se hacía notar a pesar del agua y el abrigo no era necesario). Una lancha por semana llegaba. Eso fue al principio. Después los viajes se hicieron más espaciados, hasta que la lancha dejó de llegar. Por la radio el intendente se disculpaba diciendo que el gobierno le había empezado a retacear la ayuda y la gente se iba olvidando de la inundación, tanto donde él se encontraba como en la Capital y entonces las donaciones eran cada vez más escasas.

Pasadas unas semanas dejaron de recibir mensajes en el Club. Nunca supieron si fue porque la batería de la radio se agotó o porque el intendente dejó de transmitir.

Para ese entonces ya habían sacrificado a una de las dos vacas que tenían alojadas en el refugio; la otra la habían dejado para seguir ordeñándola.

Pero también se secó. Sin forraje, empezaron a alimentarla con las sobras de la comida, hasta que casi no hubo sobras y también la sacrificaron.

Las gallinas habían sido las primeras, salvo las ponedoras. Sin embargo, una a una dejaron de producir huevos y terminaron flotando en un caldo que, al menos cada vez que le tocaba el turno a una, era un poco más nutritivo.

Los corderos que son duros y se las arreglan con cualquier yuyo, resistieron un poco más, pero también fueron a parar a algún guiso, luego a alguna sopa y después a la inundación.

Los perros y los gatos, que nunca faltan donde hay gente, empezaron a mirar a los refugiados con desconfianza, y los primeros, acuciados por el temor de ser devorados, escaparon una noche adentrándose en el agua y no se supo más de ellos.

Los gatos le temían más al agua que a los humanos. Y así les fue: formaron parte de los últimos guisos con alguna proteína.

Los varones jóvenes descubrieron que la inundación había traído peces y desarrollaron la habilidad de pescar con lanzas improvisadas, hechas con elementos que encontraron en el Club. Así incorporaron los pescados, un alimento medio aburrido, pero renovable.

A pesar de la lluvia interminable, seguía haciendo calor y los jóvenes se atrevieron más a salir de las instalaciones del Club y zambullirse y nadar sobre lo que fuera el pueblo. Pronto los imitaron los niños y algunos adultos. Los demás,

también se acercaron al límite del agua para higienizarse sumergiéndose repetidamente, aunque sin atreverse a nadar.

El hedor en el Club comenzó a ser más tolerable y los refugiados a pasar mucho más tiempo en el agua: pescaban, se mantenían limpios, frescos en ese verano que parecía no terminar nunca y sobre todo, dejaban de pensar en lanchas de rescate que jamás llegarían.

De sus ropas poco quedaba, aunque procuraban mantener cubiertas sus partes pudendas. Así y todo, los jóvenes comenzaron a descubrirse, a admirar sus cuerpos y a comprender que éstos y sólo éstos iban a ser los disponibles para recuperar el equilibrio hormonal quebrado por su crecimiento. Nadie pensó en cosas profundas, como preservar la especie, porque no dudaban de que más allá de aquella llanura líquida la vida continuaba. Simplemente los habían olvidado.

Algunos se enamoraron y otros hicieron como que se enamoraban y se formaron tres parejas. El futuro permitiría que se constituyesen dos más y que algún varón tuviese una amante. Eso si lograban superar el tabú del incesto. Los más viejos habían muerto en los primeros diez meses

de inundación, y los cuatro adultos mayores que los habían sobrevivido se inmolaron un año más tarde, ejecutando un pacto suicida, cuando comprobaron que lo que restaba de agua potable - la que utilizaban sólo para beber - alcanzaba apenas para un mes. De esta manera, dejaron sus cuerpos frescos para ser utilizados y extendieron un tiempo la reserva de agua.

Los once sobrevivientes discutieron sobre el destino de los cuerpos inertes y no lograron ponerse de acuerdo. Aquellos que se oponían a consumir carne humana resultaron también intransigentes: tampoco permitían que los demás lo hicieran. El conflicto amenazaba con destruir lo que quedaba de aquella desolada sociedad, porque, triunfase una u otra posición, el futuro posible era sólo uno: comer pescado crudo y consumir agua de la inundación.

Alguien abandonó aquella discusión estéril, salió del Club y se internó en la enorme masa de agua. Uno a uno, los demás jóvenes y niños lo siguieron y se adentraron en el corazón de ese universo casi desconocido. En pocos minutos todos formaban un círculo, sumergidos en el lugar en el que aún se veían los restos de la plaza del pueblo.

Descendieron hasta tocar el tobogán, las hamacas, la calesita, el sube y baja. Y sin que nadie lo propusiera,

comenzaron a jugar. Y siguieron así por un rato largo. Después, en una especie de acuerdo tácito, recorrieron las calles, reconocieron sus casas a pesar de los techos arrasados y recordaron a sus vecinos, sus familiares, sus amigos (los que se habían ido antes de la inundación, lo que habían sido rescatados, los que se habían refugiado en el Club, los primeros muertos y a aquellos cuatro que habían entregado el miserable resto de sus vidas para tratar de extender la de ellos y que ahora descansaban en la cocina del establecimiento).

Y sonrieron

Nadie había tomado conciencia, hasta ese momento, de que sus pies habían crecido y se habían aplanado, y que sus cabezas habían adoptado una forma casi cónica. Recién entonces comprendieron que esa especie de solapas tan molestas en sus cuellos, eran las agallas que les permitían respirar bajo el agua.

Finalista Muela

Sulamith Ursztajn

Cobre, color fuego, hermoso adorno para su tierno rostro, así calificaron siempre su hermosa cabellera tejida con forma de trenzas; hoy yacía cortada sobre un suelo inmundo, mezclada con otras, marrones, rubias, negras azabache, todas muertas, en sus muertes se llevaron el encanto femenino de Raquel, de Lea, de Myriam, de Ester, de Judith y también de Ele.

El corte de sus cabellos y la prenda sin forma que le entregaron para cubrir su menudo cuerpo fueron los documentos de identificación a partir del 13 de agosto de 1944.

Llorar sin lágrimas al amanecer, gritar sin gritos al anochecer, así vivía, o así moría cada día, cada noche....

¡Dolor de muelas! Había algo en su cuerpo con capacidad para doler. ¡Increíble!

Supo que estaba viva porque los muertos no sangran como sangraba ella; además ni en el mismo infierno podría haberse desmayado un SS con uniforme, presente en eso que llamaban consultorio. Le arrancaban -sin anestesia- todos los dientes y muelas de su encía inferior; su osadía no tenía fin: se había quejado de dolor de muelas en ese

campo de Bergen Belsen, donde nadie se quejaba de nada, estaban todas muertas, esqueletos ambulantes, algunos sólo tenían 19 años, como ella.

-No puedo gritar, no puedo llorar, cómo voy a llorar por unos pocos dientes y sangre, ya perdí todo y a todos los que amé, pensó.

Hicieron venir a otros dos cadáveres disfrazados de mujer para "llevarla" al Block, barraca donde alojaban a los confinados en campos de concentración.

La arrastraron por lo que le pareció un camino de kilómetros de nubes blancas. A su paso dejaba caer botones rojos de distintos tamaños sobre la nieve que se derretía con el calor de su sangre.

-¡Fuerza, ánimo! ya estamos cerca, susurraba Malka.

¿Fuerza de dónde? ¿Ánimo para qué? ¿Cerca de qué?, se preguntaba en ese mareo que la contenía de no caer.

A duras penas empujaron la tabla que hacía de puerta y entraron a ese galpón que hasta no hacía muchas horas era el infierno y, ahora, era casa.

-Hoy alguien tomó tu sopa, murmuró Simja.

¡Sopa!, como si esa agua oscura, seguramente infectada, podía llamarse sopa, pensó para sus adentros, aunque también dudó que tuviera "adentros".

Las sucias literas -tablas de madera sin pulir- eran cajas de sardinas para seis, los pies de una junto a la cabeza de la otra, así se daban calor, así dormían, así amanecían.

-No te acuestes -dijo Malka- puedes morir de una hemorragia y no ver más el sol.

¿Morir, se podía volver a morir? ¿Cuántas veces se iba a morir? ¿El sol sigue saliendo? ¿No le da vergüenza? ¿No se desintegró cuando se desintegró este mundo? ¿No lo retiró D'S al retirarse Él mismo del mundo que alguna vez había creado? A propósito, ¿estará creando otro mundo con criaturas mejores, que estos humanos? ¿Este mundo le salió mal? ¿Era sólo un ensayo? ¿Estará El también llorando?

-Cuántas preguntas. Definitivamente sigo viva; ningún muerto sin dientes, casi sin sangre puede pensar tanto.

Miró a su alrededor y sólo pudo pensar en sus padres que la quisieron tanto. Que la cuidaron como sólo se cuida a una única hija mujer entre tantos hijos varones, que soñaron para ella, la dulce, la frágil, pero firme, la inteligente pero callada, tantos sueños llenos de dicha, de pretendientes importantes, un hombre sabio, tal vez un hijo de un rabino, ¡quizás un rabino mismo! Ella estaría a su altura, era tan estudiosa y curiosa.

Tomó una decisión. Se acostaría y se aseguraría la muerte por hemorragia. Se acostó entre truenos, relámpagos y lluvias torrenciales. Era su mamá que lloraba y gritaba de dolor.

Qué extraño -pensó- los centímetros de litera que le correspondían estaban blandos y cálidos, sólo en sus sueños se dio cuenta de que el alma de su madre estaba ahí, envolviéndola pues tenía otros planes para ella.

Debía sobrevivir.

Debía recordar.

Debía contar.

Debía crear la vida.

Debía darle a su hija el nombre de su madre.

Finalista: El tape Anacleto

Beatriz García Tuñón

El tape Anacleto enrolló su poncho en el brazo izquierdo, con la mano derecha sujetó el mango del acero helado del facón, miró los ojos negros de su contrincante y se lanzó con furia contra él.

Había llegado a Saladillo montado en su overo. Sabía que necesitaban arrieros para llevar la hacienda hasta Entre Ríos y pensó que una buena paga le vendría bien. Se dirigió a la pulpería. Allí le dirían con quién debía hablar para que lo conchabaran. Miró la fila de palenques enclavados en el suelo donde estaban atados los caballos. Algunos lucían recados viejos con pieles de carneros, pero otros ostentaban arreos enchapados en plata, que regalaban destellos cuando el sol los acariciaba. Se apeó, ató su caballo y entró con paso firme, como diciendo: "Aquí estoy yo, el tape Anacleto, lo que no es poco".

Era un cuarto de techo bajo atravesado en el centro por un mostrador, sobre este, una reja con una pequeña abertura para pasar las bebidas a los parroquianos, que por lo general consumían sin decir palabra, aunque a veces se escuchaban conversaciones encrespadas que motivaban

riñas pasajeras. Rara vez aparecían los cuchillos, y entonces el entrevero se cobraba un tajo en la cara o una vida.

Vio cuatro espaldas y olió la caña desde la puerta. Se aproximó y le pidió al patrón una ginebra; apuró el trago y reiteró el pedido mientras contemplaba a los rudos hombres beber sin prisa. Observó cómo uno de ellos, al retirarse, se tocó el ala del sombrero a modo de saludo.

El patrón, hombre dicharachero, le explicó el camino que debía tomar para conseguir el trabajo de arriero. Se levantó con parsimonia, el alcohol le había entumecido los músculos, rozó levemente el borde del chambergo antes de dirigirse hacia la puerta. Se acercó hacia el pingo, desató las riendas y de un salto lo montó. Salió al trote, despacito, con los pensamientos habituales rondando su mente: quería volver al pago con los pesos suficientes para arreglar su rancho; no veía la hora de que la Lucinda se fuera a vivir con él y le diera varios gurises de ojos azabache y con la tersura de su piel.

Fue durante la segunda noche del arreo, con las estrellas titilando y un fogón invitando al diálogo y al canto. Escuchó las risas de dos arrieros, uno empezó a contar sus andanzas con una china que resultó ser de Chacabuco, su

pueblo. A medida que se explayaba, comenzó a sentirse nervioso porque parecía que estaba hablando de su Lucinda. El más taimado le preguntó cómo se llamaba la china, para ir a visitarla cuando anduviera por esos pagos. Su nombre retumbó cual disparo de cañón; Lucinda se llama la prienda y la pucha que sabe hacerte vibrar como acorde de guitarra; el tape Anacleto no permite que se hable así de una mujer.

Los dos se levantaron al unísono, se escuchó el ruido de las hojas al desenvainar los facones. Fue un desafío corto. La maestría con que se movía Anacleto, y el diestro uso del cuchillo macho revelaban que no era su primer duelo criollo. El otro sintió primero la humillación de un planazo, su acero flameó en el aire sin encontrar al tape, luego vino el hachazo, la punta del arma se deslizó cual serpiente sobre la mejilla, y la sangre brotó salpicando la noche. Eran dos sombras batiéndose. No se veían sus rasgos; solo las siluetas, pero se percibía en el aire el odio de Anacleto y el temor del otro. Se echó para atrás, el dolor lo traspasó. No le dio tiempo a recuperarse, le clavó el cuchillo en las tripas y cayó sobre el pasto húmedo para no volver a levantarse. Limpió su facón, lo puso en la vaina de plata labrada, se arrimó orgulloso a su overo, lo ensilló, se abrazó a su cogote y, con agilidad, lo montó. Bajo el lucero del alba, se fue al galope con toda la hombría de un gaucho que vive y muere en su ley.

Finalista: Inmolación

María Rosa Terzi

“Por qué no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero eso hago. Y si hago lo que no quiero ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí.”

Romano 7 - (19-20) La Biblia.

Amodorrado por el sopor de la siesta, José Mamaní la mira alejarse. Frágil y elegante, la Mari con sus ojos grandes y rasgados casi logran conmoverlo. “¡Será fácil convencerla, sí, será fácil!”

No quiere detenerse en otras memorias, ni siquiera en aquella de hace tantos años, cuando ella era una niña y él, un adolescente.

Le es vedado pensar en esas cosas, esas que se agazapan en la mente, sus dedos se crispan hasta lastimarlo; el amor le está prohibido...

La tarde, caliente, se filtra sobre los techos, Mari se mira en el espejo, le cuesta reconocerse, su rostro, su cuerpo con ademanes armoniosos, los pantalones azules muy ceñidos, la camisa rosa bordada, los cabellos sueltos y los

labios descaradamente pintados de rojo, "¡Qué dirían las monjitas si la vieran!". Durante seis largos años su orfandad, dependió de las hermanitas del colegio donde estudió y obtuvo el título de maestra. La trataron bien las monjas, sí, pero fue terrible vivir lejos de sus querencias.

Habían tratado de alertarla, ¡cosa fea "el metejón" a los dieciocho años! No dispone de tiempo para dedicarlo a divagaciones, José la está esperando para llevarla en la camioneta hasta Tafí, bordeando el dique. "¡Mira si le va a creer a los habitantes del valle, esos que dicen que José anda en cosas raras! ¡Brutos, siempre desfigurando los hechos! ¡Mal intencionados! ¡Hablaron tantas cosas! Si Pedro, el que fue el mejor amigo de José, murió ahogado en el dique, cuando ambos estaban pescando, es pura casualidad y fue de malas lenguas asegurar que lo encontraron maniatado con las tanzas de la caña de pescar, flotando en las aguas."

En el aire, ondula el perfume de pino silvestre y el viento mueve las hojas de los álamos, todo el valle es música y armonía, Mari, embelesada, desea retener en sus retinas tanta belleza.

"- Si Ramona, la madre de José, se despeñó cuando a lomo de caballo intentaba llegar a las cumbres, para marcar el

ganado, ¡mala suerte! ¿Por qué lo culparon a José? El episodio fue algo extraño, unos dijeron que él cabalgaba adelante, otros afirmaron, que iba atrás. Lo demás se lo inventó Mabel, su hermana, y fue por la herencia. ¡Mira que gritarle asesino en el velatorio! ¡Pobre José! Era lógico que el hijo le sacara los anillos y los dientes de oro al cadáver, con tantos ladrones y profanadores de tumbas, seguramente a la vieja no la iban a dejar descansar en paz. Además José habría estado tan conmovido por el suceso, que dio aviso de lo acontecido dos días después".

El soliloquio ensombrece los ojos de la joven, la camisa adherida al cuerpo, insinúa los turgentes pechos. Su piel se ha tornado casi blanca, el sol de la ciudad no quema como el de los valles.

"José tiene los ojos tiernos, algo burlones, eso sí, también algo siniestros. ¿Por qué será que en sus pupilas dilatadas algunas veces creo descubrir las imágenes de cabezas de águilas? ¡Tonterías! ¡Puras tonterías! ¡Pura imaginación! ¡José es un hombre, no un ser sobrenatural! Yo hubiera sido feliz aquí, a su lado, pero la muerte de mis padres me obligó a que me fuera". Giró la cabeza, su casita, disimulada detrás de las pircas entre plantaciones de manzanos, ciruelos, nogales, pinos y álamos, ya no se divisaba desde el camino de tierra.

"También la maestra de la escuela es una chismosa, su hermano murió porque era medio loco, yo no lo conocí muy bien, lo vi algunas veces cuando durante las vacaciones, venía a la casa de mis tíos. Se dice que era enfermo de los nervios. ¡Vaya uno a saber! Quizás haya tomado demasiadas pastillas, o puede haber sido veneno.

¿En qué andaría el suicida? ¿Qué culpa tuvo José, por el solo hecho de conocerlo? La realidad es que cada año los ignorantes del lugar me cuentan alguna muerte y siempre relacionada con José". Mari dobla por la farmacia y continúa por el camino principal. Su amigo la espera. Ante su presencia todo se aleja y se confunde, las complicadas historias, las confabulaciones, la memoria

Interminable. El sabor de ese momento es lo que busca, no le importa lo demás. Sube a la camioneta, mira detenidamente el perfil de su acompañante, se parece al padre. El rostro aindiado, los pómulos salientes y los ojos oblicuos. Recuerda el respeto que el progenitor de José infundía a los lugareños, solían comentar que era el brujo o chamán de todos los valles, hace muchísimos años, antes de que "los de la ciudad" invadieran ese paraíso y lo convirtieran en zona de veraneo. También se murmuraba que el brujo solía presidir ceremonias secretas. "¿Tendrían realmente poderes los Mamani? ¿Habrían hecho un pacto

con el demonio a cambio de prosperidad? ¡No! ¡Seguro que no! ¡habladurías de los envidiosos! ¡Qué ignorantes eran!"

Miró de reojo al conductor, que en silencio manejaba por el pedregoso camino.

Mari se sumergió nuevamente en sus cavilaciones. "El hijo de Mabel murió hace un año, creo que en Diciembre, si no me equivoco, hoy sería la fecha, ¡con razón José está tan callado! ¿Por qué será que lo enredaron en esta muerte? ¡Pobre Mabel, el dolor la hacía buscar culpables y siempre lo tenía a José cerca para echarle la culpa!"

-¿Y Mari, qué tal te trató la ciudad? ¿Piensas quedarte? - pregunta José.

Su oscura mano busca la de Mari que sumisa queda aprisionada en la cálida caricia; los sentimientos afloran en la ternura de la voz al contestarle:

- ¡Y... si tengo motivos, seguro me quedo! Amo esta tierra, a sus verdes montañas, y sobre todo a su gente- concluye mirándolo, fascinada.

-¡Seguro, te quedarás! - afirma José. - Me parece que me olvidé de echarle agua al motor. Tendremos que desviarnos un poco y sacarla del dique - agrega despreocupadamente.

La sonrisa del muchacho contrasta con la mirada burlona.

A Mari se le antoja que la luz de esos ojos procede de centenares de cirios encendidos en el cementerio. ¡No puede evitar que la angustia se le filtre en la sangre y por segundos, la inmovilice, "¡Malditos comentarios! ¿Cómo puedo pensar mal de mi amigo? ¡estoy enamorada de él! y no voy a creer esas bobadas "

La camioneta frena en la orilla del dique que inmenso, majestuoso, resplandece adornado con los últimos rayos del sol.

Ambos observan la escarpada ribera y comprenden que no podrán alcanzar el agua. José propone:

- ¿Mari, si yo te sujeto por la presilla del pantalón, tú podrías sacarla con el recipiente que llevo en el vehículo?

La joven siente miedo, pero ¿Cómo ofenderlo con su incertidumbre? ¡Sería enrostrarle las dudas del pueblo! ¡Sería hacerlo sufrir! ¡No! ¡Mil veces no! Ella no es una ignorante.

- Y... ¿Me ayudas? - Insiste José.

Las aguas pacíficas copian la mueca de terror que Mari intenta disimular, si hasta le parece que las luces que aún se reflejan en el lago, son íconos inmóviles que esperan por ella.

El pasado y el presente se mezclan en el crisol de sentimientos, la amiga incondicional, quiere confiar en él. Un idioma ajeno, el de los habitantes del lugar, reconstruye las monstruosidades con descripciones inverosímiles del hombre que está a su lado....

Resignada toma el recipiente, recuesta el cuerpo sobre la tierra, el espejo líquido duplica los gestos, cada rumor, una incógnita; cada movimiento, un suplicio. Percibe la mano fuerte sujetando el pantalón, se tranquiliza, se inclina, estira el brazo, intenta llenar el balde... Las aguas del dique se abren en un abrazo mortal.